LO APRENDIÓ A LOS CUARENTA AÑOS

Fue Federico Soullé un autor francés que compuso algunas novelas y obras de teatro de no escaso valor literario. Nacido en Foix, al sur de Francia, en el año 1800, murió a sus 40 años de edad en Bievre, cerca de París.

En su última y larga enfermedad, fue asistido en un hospital por una hermana de la Caridad y observó más de una vez que ésta pasaba entre sus dedos las cuentas de un rosario en sus momentos de descanso. Picado por la curiosidad, un día le preguntó:

–¿Qué reza usted, hermana?

–Rezo el Rosario –le contestó ella.

–¿El Rosario? –repitió él con voz de asombro–. ¿Y eso qué es?

–¿Usted, ese gran literato –dijo la hermana– de verdad que no sabe lo que es el Rosario?

–Pues... no, francamente, no. ¿Me lo quiere explicar?

La hermana no se hizo de rogar. Y acto seguido, empezó por preguntarle:

–¿Sabe usted el Padrenuestro?

–Hace años que no lo rezo, pero... seguramente que lo recordaré.

–¿Y el Avemaría? –inquirió la monjita.

–Tal vez, también la recordaré.

–Entonces; pues, vamos a empezar.

–¿A empezar el qué?

–A meditar sobre los quince misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Cada Misterio, un Padrenuestro y diez Avemarías. Eso es rezar el Rosario. ¿Lo empezamos? Le alargó el rosario al literato francés y se oyó la voz débil pero emocionada de éste diciendo: El primer Misterio...

–¡De gozo! –dijo la hermana como un eco de su gozo interior.

(«Madre y Maestra» .-Madrid)

HOY COMO AYER

El P. J. Mª Garrastachu, O. P., refiere en su libro «La Madre de mi hogar», las ocho anécdotas siguientes:

Pecador que se salva

Lo cuenta el P. Conrado, dominico holandés. Predicaba sobre el Santo Rosario. Entre la muchedumbre había un joven de 17 años en pecado mortal, sin atreverse nunca a confesarlo. Al oír que el Rosario alcanza a los cofrades la gracia de una verdadera contrición, dio su nombre a la Cofradía y comenzó a rezarlo diariamente.

No tardó la Virgen en escuchar sus plegarias. Poco después, hacía dolorosa confesión de sus pecados, y emprendió una vida de verdadero cristiano hasta morir.

El bazar y la Hora de Guardia

«No te olvides del Bazar de la Caridad», dice un caballero a su señora; hoy es la gran fiesta y asistirá el señor Nuncio de Su Santidad».

—«Con mucho gusto iría, le respondió; pero me corresponde la Hora del Rosario Perpetuo y

no creo deba dejarla. Más les ayudaré así que asistiendo».

–«Haz lo que quieras».

El Bazar estaba junto a su casa. Terminada la Hora de Guardia, se dispone a salir, cuando oye gritos de: «Al fuego, al fuego», enterándose, a renglón seguido, de la catástrofe que acaba de tener lugar. Y mientras ella adoraba los designios de Dios que permitió tan horrible carnicería, daba gracias a la Virgen que por el Rosario la había salvado.

Dos personas buenas y el diablo

Invitado un sacerdote a almorzar con unos amigos, observó entre ellos cierta tristeza y malestar. Después de la comida, quedó un momento a solas con la nuera y le preguntó la causa de ello:

–«Ay, Padre, le contestó, tenemos en casa un verdadero infierno. Mi suegra tiene un genio endiablado. Hace ya cerca de un año que tuvimos una reyerta y desde entonces vamos de mal en peor».

–¿Rezáis el Rosario todas las noches?

–«Sí».

–¿Todos juntos?

–«Sí». Y al decirlo bajó ella la cabeza y no dijo más.

Aquel día lo rezó con ellos el sacerdote. No bien habían terminado, la joven cogió la mano a su suegra delante de todos y se la besó diciendo:

–«¡Perdóname, madre! Te falté hace un año y te pido perdón de mi poca educación y falta de fe».

–«No; la culpa es mía, exclama la suegra abrazando a la nuera; pues tengo un genio que no me aguantan ni los santos del cielo».

–«Ahora resulta –interviene el sacerdote–, que las dos sois buenas personas y que era el diablo quien se había metido de por medio hasta que la Virgen con su Rosario lo ahuyentó...».

Prosperidad y ruina

Una familia de modestos industriales tenía costumbre de rezar diariamente el Rosario en casa. La suerte les favorecía, y al mismo tiempo disminuía la asiduidad en rezarlo. Primero lo dejaron tres noches, después una temporadita, y por fin acabaron dejándolo por completo.

En esto cae la madre enferma de gravedad. Perdida toda esperanza de vida, el marido llora a la cabecera de la cama. Un amigo le habla del Rosario:

–Vamos a rezar por ella el Santo Rosario.

–Ah, responde; ¡el Rosario! ¡Cuánto tiempo que lo hemos abandonado! ¡Oh, Madre mía, si mi mujer cura, te prometo no dejarlo más en adelante!

Decirlo y comenzar a mejorar la enferma fue cosa de pocos momentos. Hoy se encuentra totalmente restablecida, y en aquella casa no se deja jamás el rezo meditado del Santo Rosario.

En la hora de la muerte

Monseñor Dupanloup, obispo de Orleans, cuenta lo siguiente:

«Me hallaba al lado de un lecho de muerte recogiendo y bendiciendo el último suspiro de una joven que apenas tenía 20 años y hacía más de uno que se había casado.

Pertenecía a la familia de un mariscal famoso de Francia y acababa de tener un hijo.

Sus padres estaban consternados y medio desesperados.

Pasé a donde estaba la moribunda. Me quedé atónito al verla sonriente:

–¿Es que no cree que iré al cielo?

–Hija mía, tengo mucha esperanza.

–Y yo, seguridad, porque he cumplido el consejo que usted me dio hace años.

–No recuerdo..

–Verá. El día de mi Primera Comunión me recomendó que rezara todos los días con devoción las tres Avemarías, y desde hace cuatro años me hice cofrade del Rosario y no he dejado de rezarlo todas las noches. Por eso confío salvarme. No puedo creer que, habiendo pedido a la Virgen cincuenta veces cada día que rogase por mí en la hora de mi muerte, ahora que voy a morir, no esté Ella a mi lado...»

Y presencié entonces un espéctáculo consolador, una muerte verdaderamente celestial. Recibidos los Santos Sacramentos, vi a aquella tierna y débil criatura arrebatada en la flor de su edad, consolando a sus buenos padres, alentando a su marido y besando a su hijito del alma... Y en medio de todos estos lazos que se rompían, de todos estos abrazos que la retenían, no veía otra cosa que el cielo ni hablaba más que del cielo, hasta que la Virgen se la llevó consigo».

El Rosario en el Purgatorio

Cuenta Sor María de la Trinidad, Terciaria Dominica, que a menudo se le aparecían las almas del Purgatorio, mientras rogaba por ellas. Una de ellas fue la de su padre, fallecido tres semanas antes, y pidió que ella y su madre rezaran

por él el Rosario, y oyeran la Santa Misa, y no dejaran de asistir a la Procesión de la Cofradía del Rosario al día siguiente. Al terminar, vio Sor María que su padre subía al cielo lleno de resplandores para ser feliz en la gloria y ayudar desde allí a sus fieles bienhechores.

La Virgen me ha salvado

Cuenta de sí San Valentín de Berrio–Ochoa que, a los catorce años, y en pleno verano, se fue a Guetaria (Guipúzcoa), para bañarse con su tío sacerdote. Ya en la playa aquella –que era y sigue siendo traidora–, una ola se lo llevó, desapareciendo entre las aguas. Su tío lloraba y le encomendaba a la Virgen, hasta que minutos más tarde aparece Valentín agarrándose a las peñas y sangrando por las uñas de los dedos...

–¿Qué te ha pasado, Valentinchu?, le dijo el tío.

–No sé, tío, no sé; sólo recuerdo que cuando me vi perdido y sin remedio, acudí a la Virgen con toda mi alma y ¡Ella me ha salvado!

No dejo más el Rosario

Me lo ha contado el interesado, en Madrid, el verano pasado.

Con motivo de la Cruzada del Rosario, formó el propósito de rezarlo diariamente en familia. Y llegó un día en que se cansó y no lo hizo... y segunda y tercera noche lo mismo...

Pero a la tercera fue la vencida. En sueños vio que se estaba confesando con un Padre dominico, a quien no conocía. Con suma amabilidad le escuchó; mas al terminar, le increpó su abandono y poca devoción a la Virgen María.

Entonces él levantó la vista para reconocer al confesor que así le recriminaba su proceder cuando a nadie se lo había contado. No le conoció...

Al día siguiente recibe por correo unas estampas de San Valentín de Berrio–Ochoa, y con asombro suyo ve allí las facciones exactas del confesor de la noche anterior. Era el Santo, a quien se venía encomendando y cuyas estampas había pedido para acrecentar su devoción.

Y despertó...

Mas por si acaso, me aseguraba él, no vuelvo a dejar más el rezo del Rosario en mi familia, ni me olvidaré en adelante de este gran Protector que así veló por mí, demostrando un verdadero interés por nuestra salvación.

«ME INCLINO Y CREO»

El doctor Huguenot es un médico de fama. Por su lujoso consultorio de Lausana pasan industriales de Manchester, capitalistas de Nueva York, estrellas del cinema europeas y americanas.

Recientemente, el doctor Huguenot ha permanecido durante una larga temporada en Lourdes, la ciudad del dolor y también de las grandes alegrías espirituales. El periodista Elio D'Aurora, interrogando al médico célebre sobre sus estudios en Lourdes, le preguntó si creía que en las curaciones milagrosas intervenía la autosugestión. El doctor Huguenot respondió sin vacilar:

–En los casos que he examinado por mí mismo, queda excluída la autosugestión.

–Lo que sucede en Lourdes –insistió el periodista– es inenarrable. ¿Podría darme su opinión?

–¿Mi opinión? –respondió el doctor Huguenot–. Es muy sencilla. Como hombre, me inclino y creo. No tengo argumentos para negar los milagros. Como médico, hago todo lo humanamente posible para penetrar en lo vivo del misterio...

¿Por qué no aprenden de este hombre sabio, esos otros que no siendo de ninguna manera sabios se atreven a negar los milagros sólo porque su pequeña inteligencia no llega a comprenderlos?

(«Lourdes–Fátima»)

AQUELLA SONRISA

Cuenta el conde de Bruisard: «Yo era ateo. No creía en las apariciones de Lourdes, como no creía en la existencia de Dios. Había leído en un diario que Bernardita había tenido una aparición de la Señora y que la Virgen le había sonreído. Decidí llegarme a Lourdes como un turista curioso y descubrir la mentira de la muchacha. Llego a casa de los Soubirous y encuentro a Bernardita en el umbral de la puerta mientras está cosiendo una media negra. Correspondiendo a mi petición, me contó la historia de las apariciones con una sencillez y una seguridad que me impresionaron.

–Pues bien –le pregunté– ¿cómo sonreía aquella bella Señora?

La pequeña me miró con estupor; luego, después de un momento de silencio:

–¡Oh, señor! ¡Sería necesario estar en el cielo para repetir aquella sonrisa!

–¿No podrías repetirla para mí? Soy incrédulo y no creo en las apariciones.

El rostro de Bernardita se entristeció y tomó una expresión severa:

–Entonces, señor ¿piensa usted que soy una mentirosa?

Me sentí desarmado.

–Ya que es usted incrédulo –me dijo–, repetiré para usted la ronrisa de la Virgen.

No olvidaré nunca aquella sonrisa. Desde entonces he perdido a mi mujer y a mis dos hijitas, pero me parece que ya no estoy solo en el mundo. Vivo con aquella sonrisa de la Virgen.

(«El Propagador de las Tres Avemarías». Valencia)

O'CONNELL, GRAN BATALLADOR CATÓLICO IRLANDÉS

Sabido es que Irlanda sufrió durante varios siglos la más ominosa subordinación a la protestante Inglaterra, hasta que, en el segundo decenio del siglo XX, sacudió su pesado yugo.

Mas aquella minoría católica de Irlanda se atrevía ya a defender los derechos de su Iglesia, y uno de sus más elocuentes oradores era el célebre O'Connell, diputado de contundente y arrebatada elocuencia.

En una de las importantes campañas que la minoría irlandesa hubo de sostener por entonces, se echó de menos en el hemiciclo del Parlamento la ayuda de O'Connell. Para encontrarlo, recorrió todos los departamentos del edificio, hasta que, en el que menos podía suponer, lo encontró rezando con el rosario en la mano...

–¡Venga usted deprisa al hemiciclo...! –le gritó–.

–Déjeme que termine mi rosario – contestó el gran tribuno–. Con ello hago por Irlanda más de lo que mis palabras pueden desde mi escaño...

Acudió, en efecto, y con su arrebatadora elocuencia y con sus argumentos incontrastables, la

discusión terminó con el triunfo de la causa católica en la apasionante cuestión que se debatia...

Con ello se ganó la emocionada gratitud de los irlandeses y la enemistad de los protestantes ingleses, que le costó ir a parar a la prisión...

Cuando obtuvo la libertad, aunque achacoso, resolvió ir a Roma para postrarse a los pies de Pio IX... Mas no llegó a visitarlo, pues en Génova se sintió gravemente enfermo y allí murió a los pocos días, no sin haber redactado su testamento, en estos términos: «Dejo mi cuerpo a Irlanda, mi corazón a Roma y mi alma al cielo...»

M.G.

(«Hojas Culturales».- Barcelona)

PÍO XI Y EL ROSARIO

Un sacerdote francés, que poseía un Rosario con el que rezaba en los últimos años el Santo cura de Ars, se lo regaló al Papa Pío XI por medio del Cardenal Garlier, primado entonces de las Galias.

Al abrir el Papa el estuche en donde se hallaba el Rosario, su rostro se iluminó conmovido: –No podía proporcionarme mayor placer.

Después de contemplar durante unos instantes la reliquia, sacó del bolsillo un rosario y dijo, entregándoselo:

–Por favor, dé el Rosario del Papa al que tanta alegría le causó; y dígale que, en lo sucesivo, el Santo Padre rezará cada día el rosario con el de vuestro gran Santo.

Y refirió en seguida que la víspera había estado tan atareado, que sólo pudo recogerse a su cuarto a las 11 de la noche. Sentíase cansadísimo; pero aún no había rezado el rosario y se dijo:

–Si el Papa no reza el rosario, no reza lo que debe. Y añadió: Desearía que todos los sacerdotes y fieles hicieran lo mismo. Que ninguno se acostase nunca, sin haber rezado el rosario.

(«Medalla de Medallas».- N.º 259)

¡DIOS MÍO, GRACIAS!

Apenas oye mi respuesta, se esfuerza por llevar mi mano hasta sus labios; junto con el calor de un beso, siento en ellos dos lágrimas ardientes.

Dios mío, Dios mío, gracias... Padre, le suplico que me confiese. Difícilmente llegaré con vida a la mañana.

–Con mucho gusto, querido amigo; precisamente he venido para esto.

Arreglo de nuevo su lecho, le quito el gorro de la cabeza, me siento en el borde de la cama. Trazo sobre él la señal de la Cruz: «El Señor esté en tu corazón y en tus labios para que puedas confesar bien todos tus pecados. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.»

Ha concluido la confesión. Ha muerto rezando el acto de contrición. Fuera de la barraca, ruge la tempestad y el cañón.

Entretanto, un alma más ha volado a su Dios, para bendecir eternamente la acción del sacerdote quien, sea en la tranquilidad de la paz o entre los horrores de la guerra, va derramando a manos llenas el amor inmenso de Dios.

Cuántas almas como esta habrán exclamado en su momento supremo, al ver junto a sí un sacerdote: «Dios mío, gracias...»

Tihamer Toth

DESPUÉS DE APAGAR LAS LUCES

Cuando una noticia nos llega de Estados Unidos, en seguida pensamos en vuelos espaciales, en computadores electrónicos, en conflictos entre blancos y negros. Pero hay mucho más. Hasta hay la devoción a la Virgen y el rezo de su rosario.

Desde Saint Paul, Minnesota, Estados Unidos, una señora cuenta así sus experiencias:

«Cuando era niña, nuestra familia vivía en una pequeña casa, donde la abuelita venía a visitarnos; solía estar dos o tres semanas, y nosotras nos disputábamos el privilegio de estar en su compañía. Por ser yo la mayor, conseguí dormir en una cama cerca de la suya.

Cada noche, después de apagar las luces y quedar todo en silencio, la oía cuchichear suavemente; estaba rezando. Parecía que no iba a acabar nunca y pronto me esforcé por entender lo que decía. Supe que rezaba el rosario, y de esta manera aprendí el Padrenuestro, el Avemaría y otras oraciones de su uso particular.

La abuelita era irlandesa, católica. Nuestra madre abandonó la religión al casarse con nuestro padre. Siempre hemos ido a escuelas no cató-

licas; en casa no había religión, excepto la de nuestra abuelita, cuando nos visitaba.

Me casé y no me acerqué más a la iglesia. Pero nueve años más tarde sentí la necesidad de una base espiritual. Acudí a la biblioteca, estudié varias religiones y siempre por la noche recordaba los rezos de la abuelita. Leí libros sobre el Catolicismo, que daban respuestas a todas mis dudas. Encontré un sacerdote, me instruyó en lo necesario y recibí el Bautismo.

Yo rezaba por mi marido y por mis padres. Un año después de ser cristiana, mi esposo anunció que iba a prepararse para el Bautismo. Nuestra madre se reconcilió con la Iglesia. Tuvimos un hijo y lo bautizamos según el rito católico. Mi cuñada y su esposo, al ver cuán felices éramos con nuestra nueva religión, se hicieron católicos, y mi marido y yo somos padrinos de sus tres hijos.

¡Todo debido al rosario rezado en voz baja por una buena mujer!

(«María Madre».- Valencia)

DE CATÓLICO A PROTESTANTE Y DE PROTESTANTE A CATÓLICO

Estando de servicio como enfermera, me encargaron de cuidar a un paciente que necesitaba tratamiento diatérmico. Su compañero de sala estaba gravemente enfermo del corazón. Como yo debía estar con mi enfermo durante el tratamiento, solía encontrar tiempo para rezar el Rosario. Ambos hombres eran protestantes, así es que no compartía con ellos este rezo. Yo ni siquiera pensaba que ellos notaban lo que hacía.

Una semana más tarde el enfermo cardíaco deseaba verme.

Al llegar me dijo: «Antes de casarme era católico. Actualmente soy protestante. Sé que me estoy muriendo y quiero volver a la Iglesia católica. Vi a usted con su rosario y pensé que usted me podría encontrar un sacerdote. Tal vez también podría usted hablar con mi esposa.»

Poco tiempo después, sacerdote y esposa estaban a la cabecera de su cama. El Padre oyó su confesión y bendijo el matrimonio. Pocos días después falleció el cardíaco.

Después de los funerales recibí una carta de su esposa que era una buena católica, agradecién-

dome haber ayudado a su marido a volver a la fe de su infancia, pues sabía que él en el fondo hacía mucho tiempo que lo deseaba.

(«María Mensajera».- Zaragoza)

EN EL BOLSILLO DE LA GUERRERA

En el hospital de sangre próximo al frente de batalla, los heridos esperan que les llegue el momento de la cura.

El médico pasa entre las camas, procurando atender a todos con la mayor rapidez y eficacia.

Sobre una camilla, un soldado mal herido intenta incorporarse.

–Estáte quieto –manda el médico.

Pero el herido sigue intentando buscar algo entre los pliegues de su capote destrozado.

–¿Qué es lo que quieres? –le pregunta el médido.

–El rosario; lo tenía en mi bolsillo.

Ante la insistencia del soldado, el médico antes de atender a sus heridas, busca el rosario.

Al fin, lo encuentra en el bolsillo de la guerrera. Al sacarlo, lo mira y se da cuenta de que le faltan nada menos que cuatro misterios. Sonriendo, pregunta al herido:

–Qué, ¿tu rosario también ha tomado parte en el combate?

–Sí, pues mientras esperábamos la orden de ataque, estaba yo rezando el rosario y cuatro de mis camaradas querían hacerlo también. «Camarada –me han pedido–, dame una decena de tu

rosario». Y así nos lo hemos repartido. Quién sabe si a estas horas lo estarán rezando ellos como yo.

Y el soldado herido comenzó a pasar las cuentas entre sus dedos.

(«Para Nosotras».- N.º 135)

CRISTIANO COMO VOSOTROS

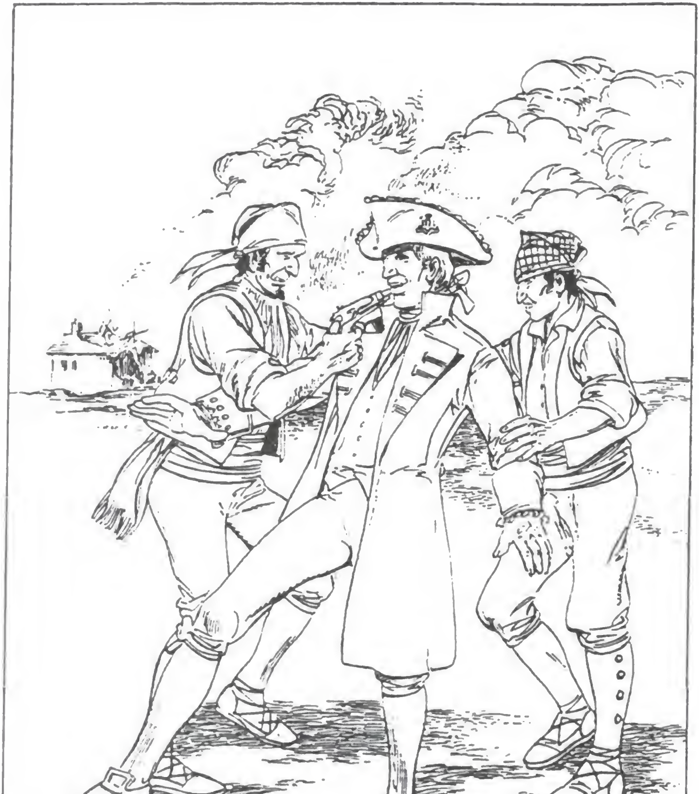
En aquel memorable día dos de Mayo, cuando el pueblo español se levantó terrible contra el enemigo de su Dios y de su patria, matando cuantos franceses hallaba a su paso, un grupo de sublevados dio con un médico de las tropas napoleónicas, llamado Cloutry, buen cristiano y devoto de María, que tranquilamente se dirigía a su alojamiento. Los españoles se lanzaron sobre él, y, al ver en peligro su vida y en la imposibilidad de huir, comenzó a invocar los nombres de Jesús y María, como único medio para desarmar la ira de sus enemigos. Ellos, sin embargo, le sujetaron diciendo:

–¿Ahora te acuerdas de invocar tan sagrados nombres, siendo vosotros los franceses perpetuos blasfemos y enemigos de Dios y de su Madre? Morirás, miserable, como todos los tuyos que caigan en nuestras manos.

–¡No! –exclamó el francés; yo no soy blasfemo, yo soy cristiano como vosotros: he aquí la prueba.

Y diciendo esto, saca de su bolsillo unos rosarios con una medalla bendita por Pío VII.

No bien los españoles vieron aquella prenda, rindieron sus armas y cambiaron su odio en amor y respeto.



Su coraje contra los franceses no era tanto por ser tales, cuanto por ser impíos, demoledores de iglesias, profanadores de las sagradas imágenes y blasfemos. Por fortuna llegó un hombre que servía en cierta iglesia, y dijo:

–No hagáis mal a este francés, que no es como los otros. Esta misma mañana ha comulgado en mi iglesia y aun hace poco lo vi rezar en ella.

Entonces los españoles, antes furiosos, dieron la mano al médico, lo agasajaron, le ofrecieron protección amistosa y tomando aquellos rosarios, bésaronlos con devoción, diciendo:

–Agradezca usted a la Virgen del Rosario el no haber muerto en nuestras manos.

Lo acompañaron luego por varias calles y lo llevaron a una casa de confianza donde nadie pudiera hacerle daño.

Cuando después volvió a Francia aquel médico, mandó celebrar en Versalles una gran novena en honor de la Virgen, contando a muchos el favor recibido y alabando la piedad de los españoles, superior aún a su ardor bélico.

(«Cruzada del Rosario»)

TESTIMONIO DE UN TAXISTA

Me sorprendió gratamente. En un mismo día de trasiego por Madrid, en el que hube de tomar varios taxis, vi que en dos de ellos había colgado un rosario en lugar preferente y muy visible. Pregunté a los taxistas por qué llevaban allí el rosario. Las respuestas no se hicieron esperar:

–¿Dónde quiere usted que lo lleve? –me dijo uno.

–No, si me parece muy bien. Pero sospecho que esto le habrá costado aguantar alguna que otra sonrisita irónica, le contesté.

–Pues mire qué le digo. Ciertamente, algunos gamberros han comentado entre sí en el asiento de detrás mi ocurrencia. Piense que lo llevo ahí más de diez años, y en tanto tiempo han subido al taxi miles de personas, de todas las ideologías y educaciones. Pero le aseguro que si alguno me hubiera dicho a mí directamente algo contra el rosario o contra la Virgen, se hubiera acordado para toda su vida. No me gusta que se juegue con las cosas sagradas y tengo derecho a pensar como quiera y a no esconder mi fe y mi devoción a la Virgen. Yo no me meto con nadie. Y el que se meta conmigo por mi fe, «no le arriendo las ganancias». Lo menos que haría sería decirle: báje-

se usted y tome otro taxi que no lleve rosario. ¿Ofendo yo a alguien con llevarlo?

–Así me gusta, hombre. Que la Virgen acoja con su bondad de Madre el buen corazón y la valentía que demuestra.

El otro taxista me explicó que se había encontrado el rosario en la parte trasera del coche, sin duda olvidado por algún cliente. Y lo puso en el lugar de honor del taxi. Así, si alguna vez vuelve a subir el que lo perdió, lo reconocerá y se lo podré restituir. Y mientras tanto, ahí va haciendo algún bien: a mí me recuerda muchas cosas buenas y, a los que suban, les dice que en este taxis se ha de respetar al Señor y a la Virgen. Ah, y conste que por esto no soy más santo que los demás. Pero, esto sí, ganas no me faltan y por lo menos doy testimonio de mi fe.

Fr. José A. M. Puche, O. P.

DECÍA EL DR. RECAMIER

Era Recamier un ilustre doctor de Francia, católico sincero y muy devoto del santo rosario.

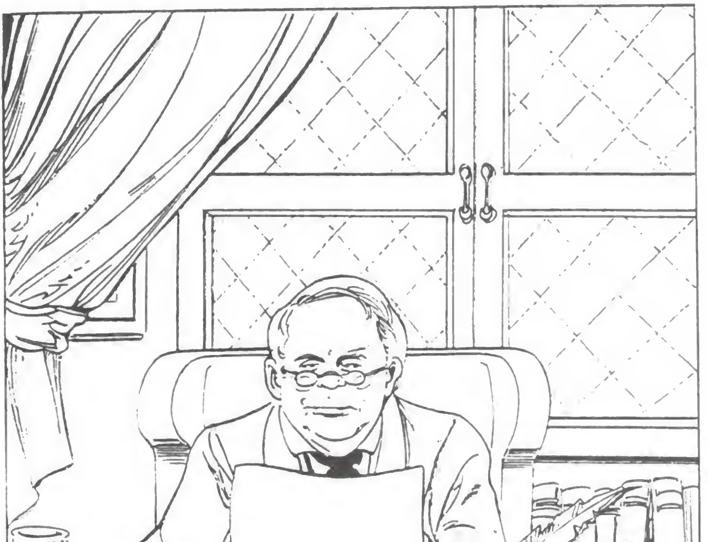
Cierto día decía Recamier, en su lenguaje pintoresco y lleno de imágenes, a uno de sus amigos:

«El rosario es una campanilla y cada Avemaría es una llamada, o si lo preferís, una petición muy bien recomendada. Diariamente veis llegar a París multitud de solicitantes que vienen a interceder con las autoridades; a implorar a los poderosos y a los ricos. Y, para ser admitidos en las Tullerías, han menester protecciones, pedir audiencias, tener poderosos amigos.

Para hablar a la Santísima Virgen, todo es fácil: se tira de la campanilla, es decir, se toma el rosario; en el acto, la puerta se abre; presentáis vuestra súplica, y es tan buena la Santísima Virgen que, si no hay razones particulares, inmediatamente os concede cuanto deseáis.»

En efecto; no hay devoción más poética, ni más eficaz. Las cuentas del Rosario, dice el cantar conocido, son escaleras para subir al Cielo las almas buenas; son rosas místicas que guardan el perfume, la música y la ternura de los Cielos; son luces que van brotando en el camino oscuro de nuestra vida.

Fortalecen la fe, endulzan las lágrimas, multi-



plican la alegría, fecundan la devoción, inflaman la caridad, son remedio en los males, prenda de seguridad en los peligros y perenne surtidor de inefables dulcedumbres. Ese místico rosal es el blasón más precioso de una casa cristiana. A su sombra han crecido reyes y labriegos, magnates y pastores; niños y ancianos, ricos y pobres, sabios e ignorantes se han deleitado aspirando el efluvio de sus hojas perfumadas.

Mil veces las misericordias de Dios han bajado sobre los hombres, como una réplica de ese murmullo amoroso que los hombres dirigen a MARIA.

(«El Oratorio Festivo».- N.º 2.204)

INGENUA Y SABIA RESPUESTA DE UNA NIÑA

Sólo alguna vez, y siempre de pasada, citan los protestantes a la Virgen María... Los católicos conscientes, no tributan a la Madre de Cristo culto de «adoración», reservado sólo a Dios; pero sí «veneración» en grado superior a la que dan a los santos...

No así los irlandeses, aún viviendo como viven influenciados por gentes protestantes, como prueba el siguiente caso.

* * *

Hallábase accidentalmente una niña irlandesa en casa de una familia protestante cuando entró en ella un «pastor» de la Reforma, el cual, al enterarse de que la rapaza era católica, le preguntó:

–¿Sabes rezar...?

Y, para demostrárselo, comenzó a recitar el Padrenuestro...

–Bien, muy bien –le dijo el «pastor» cuando la niña hubo terminado la oración dominical. Mas la niña, acostumbrada a añadir al Padrenuestro el Avemaría, continuó recitando esta oración mariana...

–¡Eso, no...! –le interrumpió el «pastor»...

–Obedeció la niña y comenzó a recitar también el Credo de los apóstoles... mas, al llegar a las palabras «fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen», se interrumpió de súbito y dijo:

–¿Tampoco el Credo se puede rezar...? Porque aquí volvemos a encontrar a la Virgen María...

De momento guardó silencio el pastor protestante; pero no cayó en saco roto la observación de la niña, sino que reforzó las reflexiones que reiteradamente le habían hecho personas más doctas de la Iglesia Católica. No mucho tiempo después, se convirtió al catolicismo.

(«El Eco de la Milagrosa».- Cartagena)

CIENTÍFICO DE FAMA UNIVERSAL

Federico Ozanam, fundador de las famosas Conferencias de San Vicente de Paúl, nos dice que recobró la fe al ver a un gran hombre en oración.

A la edad de 19 años, el famoso escritor, Federico Ozanam, fue enviado por sus padres a estudiar a la Universisad de París. Durante su estancia allí, tuvo la gran suerte de encontrar al gran científico Andrés Ampere.

«Un día, –cuenta Ozanam–, triste y abrumado de problemas entré en la iglesia de San Esteban para sobreponerme y levantar el ánimo. La iglesia estaba en silencio y casi vacía. Arrodillado humildemente delante del altar, estaba un hombre sumergido en la oración del Rosario. Acercándome, pude reconocer a Ampere. Después de contemplarle unos momentos me retiré, profundamente conmovido y más cerca de Dios.»

El científico, de fama mundial, fortalecía su alma en la oración. El joven estudiante aprendió, con este admirable ejemplo, cómo luchar contra los ataques de las pasiones. Sorprendido por esta muestra de fe, Ozanam retornó a la fe al ver a Ampere rezar el Rosario, y fue un hombre de fe profunda que llenó el mundo con su amor.

Ozanam solía decir que el Rosario de Ampere le había movido y convencido más que mil sermones.

(«Hojita de Montesclaros».- N.º 146

LA VIRGEN DEL PILAR, PARA IDENTIFICAR A UN «FRANCÉS»

Un amigo nuestro se había propuesto pasar unos días de vacaciones en distintas ciudades francesas. Se había ido con su coche y en una de las carreteras tuvo necesidad de echar gasolina.

Paró en la estación de servicio más próxima y, esforzándose al máximo, pidió tímidamente:

–Cinco litros de gasolina, «si vous plis»...

Y el buen señor de la gasolinera, echándose mano a la cartera, la abrió, mostrando al conductor una estampa un tanto deteriorada.

–¿La conoce? –le preguntó.

–¡Naturalmente! Es la Virgen del Pilar –respondió.

–Pues hábleme en español y no se esfuerce. Yo soy de Zaragoza...

Esta es la sencilla anécdota. Sencilla pero emocionante. Para este zaragozano que trabaja en Francia, la Virgen del Pilar era como un carnet de identidad. Una estampa en su cartera, muy junto al corazón, con la que se identificaba, cuando tropezaba por las carreteras francesas, a un turista español.

(«El Pilar».- Zaragoza)

FUEL
OIL